

LA FRATERNIDAD SIN LOS ÚLTIMOS NO ES FRATERNIDAD

*Defended al huérfano y al pobre,
haced justicia al desvalido y al humilde:
librad al oprimido, al indigente,
sacadlos de las manos de los criminales.
(Sal 82,3-4)*

Antes de entrar en el tema que me han pedido, quiero traer a nuestro contexto el recorrido histórico de 143 años desde el Primer Congreso Eucarístico celebrado en la ciudad de *Lille*, norte de Francia, en 1881 y su expansión internacional, al día de hoy, es indiscutible. Este año 2024, Quito, Ecuador, es la sede del 53^o Congreso Eucarístico Internacional (CEI) con el lema que le ilumina: *“Fraternidad para sanar el Mundo. Ustedes son todos hermanos (Mt 23,8)”*

El CEI es una celebración eucarística de escala mundial, que se entrelaza con los cambios en el mundo, lo que debe favorecer las lecturas de la realidad que vivimos, iluminadas con conferencias teológicas, con panel, adoración eucarística, peregrinaciones y procesiones. Porque la Eucaristía es expresión del amor de Dios que invita al compromiso con los otros y a defender la vida en todo momento: acogiendo a los pobres y rescatar su dignidad. Es un desafío para el cristiano que al contemplar el Misterio Eucarístico saca fuerza para plantar en su espacio los mismos deseos de Jesús; *“ámense unos a otros como yo os he amado”* precioso tesoro de la fe cristiana, porque la Eucaristía es *“sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria”* (Constitución Sacrosanctum Concilium. Cap. II No. 47).

Con el tema que me ha tocado, **la fraternidad sin los últimos no es fraternidad** les traigo unos apartes tomados del pensamiento eclesial del Papa Francisco que tiene como propuesta pastoral: *“una iglesia pobre y para los pobres”* (EG. N. 198 Francisco 2013.), porque mientras los débiles y los pobres son descartados de la sociedad, no podemos hablar de la mesa de Jesús. Es en la “mesa de Jesús”, donde se vive la fraternidad sin ningún tipo de exclusión. A ella estamos todos invitados, como lo dice el Profeta Isaías:

“Preparará el Señor del universo para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares exquisitos, vinos refinados. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el lienzo extendido sobre todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre. Dios, el Señor, enjugará las lágrimas de todos los rostros, y alejará del país el oprobio de su pueblo -lo ha dicho el Señor-”. (Is. 25,6-8)

La preparación que estamos haciendo hacia la segunda sesión del Sínodo de la Sinodalidad (octubre de 2024) inicia con esta profecía. Y es que el profeta Isaías presenta la imagen de un banquete superabundante y exquisito preparado por el Señor en la cima del monte, símbolo de convivencia y comunión, destinado a todos los pueblos. Agrega el Documento de la XVI Asamblea General del Sínodo de los Obispos, que, en el momento de volver al Padre, el Señor Jesús confía a sus discípulos la tarea de llegar a todos los pueblos, para servirles un banquete compuesto de alimento que da plenitud de vida y alegría. El Señor quiere reavivar la esperanza en el corazón de la humanidad, devolver la alegría y salvar a todos, especialmente a

aquellos cuyos rostros están surcados por las lágrimas y claman a Él en la angustia. Sus gritos llegan a oídos de todos los discípulos de Cristo, hombres y mujeres que caminan por las profundidades de tantas dificultades humanas. Sus gritos son aún más fuertes en este tiempo en que el camino del Sínodo se ha visto acompañado por el estallido de nuevas guerras y conflictos armados que se suman a los ya de por sí numerosos conflictos que siguen tiñendo de sangre el mundo.

En un segundo momento reflexionaré el Texto Bíblico de Lucas **“Hagan esto en memoria mía”** (22,19). Y, por último, compartiré con ustedes algunas conclusiones pastorales sobre el tema que nos ocupa.

Iluminarán nuestra reflexión dos documentos: La carta Encíclica Fratelli Tutti y el Documento Síntesis: XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Primera sesión del 4-29 de octubre.

I. LAS FRACTURAS DE NUESTRO MUNDO

Escuchando la carta Encíclica Fratelli Tutti y el Documento Síntesis de la Asamblea Sinodal, encontramos cómo se explicitan la profundidad de las fracturas que marcan los caminos de la humanidad cuando se lee: *“...no hay una sola manera de pobreza, están todos aquellos que no tienen lo necesario para vivir una vida digna, los migrantes, refugiados, los pueblos originarios y afrodescendientes, las víctimas de la violencia, los excluidos económicamente y otros que viven en las periferias. Los más vulnerables entre los vulnerables, (...) a favor de los cuales es necesaria una constante acción de defensa, ellos expresan el clamor de los pobres y el clamor de la tierra donde el Espíritu hace germinar las semillas de todo esfuerzo humano, también en nuestro tiempo.*

La Asamblea Sinodal es consciente del grito de los “nuevos pobres”, producto de las guerras y del terrorismo que martirizan a muchos países en los diversos continentes y condena los sistemas políticos y corruptos que son su causa (4c. Documento Síntesis. Asamblea Sinodal 2023). Poner los pobres en el centro y aprender de ellos es algo que compromete a la Iglesia cada vez más (Asamblea sinodal octubre 2023).

“Para los cristianos, las palabras de Jesús tienen también otra dimensión trascendente; implica reconocer al mismo Cristo en el hermano abandonado o excluido (cf. Mt 25,40.45). Quien cree llega a reconocer que Dios ama a cada ser humano con un amor infinito. Cristo derramó su sangre por todos y cada uno, por lo cual nadie queda fuera de su amor universal” (FT.85).

II. LA EUCARISTÍA FUENTE DE ESPIRITUALIDAD

a. La mesa lugar de encuentro.

La asamblea Eucarística es la fuente y el paradigma de la espiritualidad de comunión. En ella se manifiestan los elementos específicos de la vida cristiana destinada a plasmar el affectus sinodalis. (CTI. de la Sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia. N.109 del 2018).

Teólogos y biblistas nos hablan de las mesas de Jesús, aportándonos lecciones espirituales que nos han ayudado a profundizar en lo que es la mesa como lugar de encuentro: mesa familiar, mesa fraterna y mesa como lugar litúrgico. Les comparto una de las ideas de Rafael Aguirre cuando nos dice: "La mesa compartida" nos lleva a mirar no solo a Jesús,

sino también a las primeras comunidades cristianas que se reunían en las casas para la liturgia doméstica; allí, en la fraternidad, se hacía presente el Resucitado. Aunque no faltaban los conflictos que los obligaban a un discernimiento sobre el qué y el cómo hacer, para no romper la comunión..., el compartir la mesa con gente diversa expresaba la capacidad de abrir la propia vida personal y comunitaria a la universalidad. (cfr. La mesa compartida. Rafael Aguirre).

b. La mesa lugar para hacer memoria

¿Quién no recuerda la comida familiar? Allí todos llegaban, todos eran bienvenidos, y con el tiempo ¿cuántos de esos ritos familiares no repetimos?

Jesús vivió tan intensamente esa experiencia con los suyos, que quiso perpetuarse en este medio... todo transcurre alrededor de una mesa donde todos caben, aún quienes lo negarán o venderán... a todos se dirige por igual:

“Este es mi cuerpo que se entrega por ustedes: haced esto en memoria mía” (Lc. 22,19)

Toda comprensión de la Eucaristía parte de la palabra pronunciada por Jesús en la última cena con sus discípulos: “hagan **esto** en memoria mía ... “(Lc 22, 19). ¿Qué es lo que hacemos en memoria Suya? Nos dice Lucas: **“Este”** es mi cuerpo que se entrega... **“Esta”** es mi sangre que se derrama” la clave de la Eucaristía, y de su interpretación depende de su significado más profundo. La expresión se refiere a la total entrega

de Jesús, al amor efectivo y salvador, puesto que “no hay mayor amor que dar la vida por los amigos” (Jn 15, 13).

Los otros evangelistas no mencionan el “hagan esto”, probablemente porque lo que sigue inmediatamente en sus relatos es la salida hacia el huerto de los Olivos y el inicio de la pasión de Jesús, es decir, de la entrega “de su Sangre derramada para perdón de los pecados” (Mt 26, 28; Mc 14, 24), lo que de hecho equivale al “**esto**” en las versiones de Lucas y Pablo.

Entonces celebrar la Eucaristía en memoria de Jesús es afirmar que también yo estoy dispuesto y dispuesta a entregar mi vida y derramar mi sangre gota a gota sirviendo a mis hermanos en la comunidad. En este sentido Pablo, frente a la ausencia de fraternidad y el cuidado preferencial por los marginados tiene la misma profundidad que Lucas respecto de la entrega del Pan y del Vino como entrega de la propia vida (1 Cor 11, 24).

c. La persona centro del Culto

Para Jesús, la dignidad de cualquier persona, está en centro del culto.

Dar la vida no tiene sentido si no es por amor, hasta el extremo, en el caso de Jesús: “para perdón de los pecados”. Todos los que conocían a Jesús entendieron que “los pecados”, que necesitaban perdón, no se limitaban a las ofensas a Dios (entre otros por faltar a las prescripciones del culto o de la Ley), sino también a todo atentado contra la fraternidad, a toda exclusión. Mateo no deja dudas al respecto: los que no atendieron las necesidades de los hambrientos,

de los enfermos, de los privados de libertad, etc., no entrarán en el reinado de Dios (Mateo 25, 31-46). Los discípulos comprendieron la importancia del nuevo mandamiento que Jesús les dejó “Ámense los unos a los otros como Yo...” (Jn 13, 34-35). Para Jesús, el bien y la dignidad de cualquier persona – hijo/a de Dios – está en centro del culto: al hombre de la mano paralizada le dice: “ponte en medio” (Mc 3,3) era tan importante que estuvo dispuesto a **“esto”**, a dar la vida por ellos. Y así lo había practicado al auxiliar a los enfermos e impuros en día sábado, a aquellos últimos excluidos de la fraternidad humana.

El “esto” de la Eucaristía es el resumen de su vida entera: SU MISERICORDIA

El **“esto”** se refiere, definitivamente, no en primer lugar a la repetición de la cena, sino al **seguimiento de Jesús** en su total entrega por el bien de los hermanos, con predilección por los últimos. El **“esto”** de la Eucaristía es el resumen de su vida entera: su realismo, su compasión, su misericordia, su predilección por los pequeños y los excluidos; todo penetrado del espíritu de Dios Amor. Celebrar **“esto”** sin entrega, sin amor, sin fraternidad efectiva es un acto vacío. Celebrar la Eucaristía con mente elitista, excluyendo a quienes no consideramos “dignos”, es un “pecado litúrgico”. Dicho con palabras de Pablo, es indigno, es pecador, no el que queda marginado de la comida, sino aquel que “come y bebe sin discernir el Cuerpo” y sin atención a los hermanos necesitados (1 Cor 11, 29). Porque Celebrar la cena del Señor, siendo una comunidad dividida, discriminatoria y falta de fraternidad, tiene como consecuencia “ser reo del cuerpo y la

sangre del Señor” (11, 27). (Situación aún muy común y sin superar hoy en día...)

El evangelista Juan captó muy bien la necesidad de la fraternidad cuando describió la última cena: *“los amó hasta el extremo”* (Jn 13, 1). Ni siquiera menciona la fracción del pan ni la entrega de la copa, sino que va a lo medular: *“Les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes”* (13, 15). Y, lo que hizo en aquel momento fue sólo una expresión de toda una vida partida y repartida, un lavar los pies y servir sin límites a los últimos de la sociedad:

Reconstruir la fraternidad.

III. LA EUCARISTÍA IMPLICA ASUMIR A LOS ÚLTIMOS

Por esto la Eucaristía es la máxima expresión de la fraternidad.

El “hagan **esto**” no es posible sin identificarse plenamente con la persona de Jesús, sin entrar en comunión con Él, quien se identifica con los últimos de la sociedad, los que tienen hambre, no tienen casa, andan desnudos, como lo manifiesta la terrible descripción del juicio final en el evangelio de Mateo (25, 31-46). Excluir a los últimos de la sociedad equivale a separarse de Cristo, es faltar a la comunión con Él, es negarse a vivir la fraternidad al estilo de Jesús. Significa vaciar la Eucaristía de su esencia.

En el relato de Lucas (24, 13 ss; Mc 16, 12-13) como en el de Juan 20,24-28 los discípulos de Emaús o Tomás descubren la presencia del Resucitado en la fracción del Pan, o en las llagas, signo evidente del amor hasta el extremo. Estos discípulos representan a todos los desilusionados, los depresivos, a los que han perdido el rumbo, la

razón de vivir o se ven derrotados en la realización de sus ideales. Pertenecen, pues, al grupo de los que la sociedad considera una carga molesta o inútil. Jesús comparte su pena “por el camino” y parte su persona, su nueva vida con ellos “al partir el Pan”. Tomás vuelve a creer en la presencia real del Resucitado, no mediante la fracción del Pan sino de las llagas, de las señales de sufrimiento y de muerte; es el **“esto”** que hizo Jesús para salvarlo y devolverle su alegría. En la Eucaristía el Resucitado nos recuerda que las llagas, el sacrificio gratuito por el bien de los demás, son parte de la vida del discípulo. No es posible celebrar Eucaristía desconociendo las llagas, el sufrimiento de los demás sin comprometerse a remediarlo mediante el sacrificio propio, el “dar la vida” por sanar las heridas de los hermanos. Celebrar Eucaristía es también **esto**; “alabar, bendecir y predicar”. Eucaristía, fraternidad y misión van de la mano, son inseparables.

La Eucaristía es la máxima expresión de la fraternidad cuando se celebra en común-unidad entre todos los hijos de Dios y en seguimiento del “hagan **esto** en memoria mía” de Jesús.

El **“esto”** representa la continuidad de la obra de Dios en su plan de salvación; sus continuas intervenciones para rescatar a su pueblo cada vez que éste se encontraba herido o perdido, su preferencia en acudir a personas humildes como voceros y colaboradores (Ej. David, los profetas, las mujeres como la Magdalena, la Samaritana), su insistencia en recordar la necesidad de atender a los pobres (Ej. Is. 58, 7), su invariable intención de salvar que lo llevó a despojarse de sí mismo al entregar a su Hijo al mundo: “Tanto amó Dios al mundo...” (Jn 3, 16).

IV. EUCARISTÍA Y SINODALIDAD

Fácil es encontrar esta relación toda vez que la Eucaristía funda la fraternidad para caminar juntos en sinodalidad. Porque el “haced **esto**” significa comunión, participación, misión.

Con sus palabras “hagan **esto**” Jesús inaugura la Nueva Alianza que construye la **comunión**, con Él y entre los discípulos. Y esto sólo es posible mediante la inclusión de todos y todas, porque así lo enseñó el Maestro. Lo entendieron y la practicaron los integrantes de las comunidades cristianas primitivas. Aunque la versión que nos presenta el libro de los Hechos (2, 42-47) sea una versión idealizada, sí, fue la práctica del seguimiento de Jesús. Se procuraba establecer una verdadera comunión entre todos, superando clases y prejuicios sociales. Prima su atención a los menos favorecidos con quienes se compartía los bienes. Sin inclusión y atención a los últimos de la sociedad no puede haber comunión, y sin comunión no se está haciendo “**esto**”, lo que hizo y nos mandó hacer Jesús.

Los estudiosos de la historia de la liturgia señalan que, durante los primeros siglos de la Iglesia, la celebración de la Eucaristía contaba con tres mesas: la mesa de la Palabra, la mesa de la Eucaristía y la mesa de la Solidaridad (llamada también la ‘tercera mesa’). En esta tercera mesa los feligreses depositaban dones para ser repartidos entre los necesitados de la comunidad; así lo atestigua san Justino en el año 150 DC: “Los fieles que quieren y pueden contribuyen libremente a los necesitados de la grey. El resultado de lo colectado es entregado al presidente, que cuida de asistir a los huérfanos, a las viudas, a los enfermos, a los desgraciados, a los pobres, a los extranjeros, en una palabra, a todos que necesitan” (Segunda Apología, cap. LXVII). También Tertuliano menciona la mesa para los

menesterosos, celebrada en forma de ágape' (amor) (Apología, XXXIX, 16). Esto indica que, desde el principio, Eucaristía, fraternidad y misión estaban íntimamente ligados de tal manera que, si faltaba uno de ellos, no había comunión plena.

El ejemplo de San Lorenzo, mártir, quien identificó los bienes de la Iglesia con los pobres de su tiempo, corrobora la indisoluble relación entre Eucaristía, comunión, participación y misión.

a. La Eucaristía es misión.

El “**hagan esto**” es un mandato que, incluye necesariamente el envío misionero: *“Id pues y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todos lo que yo os he mandado”* Mt 28, 18-20. El envío al final de la celebración no puede quedar reducido a su mínima expresión, como si fuera el punto final (la misa ha terminado). Hay que recuperar la dimensión de salida misionera a las periferias tanto geográficas como existenciales para cargar sobre nuestros hombros la suerte de hermano (Buen Samaritano) poniendo en práctica los verbos sinodales, **acercarse, escuchar, y caminar juntos**; acercarnos a su dolor, mirarlo con misericordia, sanar sus heridas, y conducirlo a la posada del corazón de la Iglesia que sabe permanecer en vigilancia hasta obtener la recuperación del hijo como en el caso del Padre misericordioso que contempla el horizonte, esperando el regreso de su hijo pródigo para hacer fiesta y sentarlo al banquete que restaura toda su dignidad perdida; “Vayan, y hagan ustedes también ‘**esto**’ por los demás”. Por eso la Eucaristía es Banquete de Fraternidad con los últimos que sana y cura a los perdidos, a los sin remedio.

b. La Eucaristía es participación.

La Eucaristía, manifestación de comunión y fraternidad, no debe ser excluyente, sino señal de amplia **participación**. Es una celebración comunitaria, un acto de fe de los distintos miembros en la comunidad fraterna reunida en torno a Jesús, su Cabeza. También “los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles son indispensables. Y a los que parecen más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor” (1 Cor 12, 22-23).

En la Eucaristía se conmemora el “**esto**” que hizo Jesús por todos. A todos, sin excepción, se ofrece el don de su amor gratuito y salvífico. Significa que los últimos (social y eclesialmente) deben tener derecho y oportunidad de participación, tanto en la realización física de las celebraciones como también en los distintos niveles de la acción pastoral. La participación efectiva de todos en la Eucaristía, más allá de condiciones sociales y morales, ha de ser una rica expresión de la fecundidad del Espíritu: que a “cada cual le otorga su manifestación en la pluralidad de los dones para provecho común. Porque en todas las cosas obra el mismo y único Espíritu distribuyendo sus dones a cada uno en particular según su voluntad” (1 Cor 12,6.11).

V. DESAFÍOS PASTORALES

- Pasar de un acto individual, intimista a la Celebración fraternal que reconoce y valora los dones del Espíritu en cada hermano (la elección de los Diáconos, servidores de los hermanos, Hch 6).

- Pasar del exclusivismo de quienes se consideran “perfectos y dignos” a la apertura que erradica todo tipo de discriminación (Pedro en casa de Cornelio, Hch 10 y Santiago quien nos dice “si realmente creen en nuestro glorioso Señor Cristo Jesús, no hagan diferencia entre las personas”, St 2,1).
- Pasar de celebraciones tipo "show" donde el ruido de cantos e instrumentos musicales se privilegia, a la contemplación amorosa del Misterio que Celebramos, la entrega de Jesús y nuestra entrega: “Hagan **esto** en memoria mía”.
- Pasar de celebraciones simplemente culturales sin repercusión en la vida a auténticos compromisos de solidaridad con la suerte del hermano. Introducir el sentido de la 3ª. Mesa porque la colecta no siempre llega a los necesitados de la comunidad.
- Pasar de la ruptura entre fe y vida a una vida que alimenta su fe en el Banquete de la fraternidad: “Señor daré la mitad de mis bienes a los pobres ... Hoy ha llegado la salvación a esta casa porque también éste es hijo de Abraham” (Lc 19,9).
- Hacer de la Misa por los difuntos una expresión de verdadera “comunidad de los santos” como decimos en el Credo. Sin negar la validez de su intercesión, es una lástima que a menudo la Misa resulta ser un culto a los difuntos más que un conmemorar el “**esto**” de Jesús.
- Pasar de la Eucaristía como acto protocolar, compromiso social, a una auténtica celebración hospitalaria de la fe que expresa Comunidad, Fraternidad y misión.

Hermana Rosmery Castañeda M. o.p.
Dominica de la Presentación

BIBLIOGRAFÍA

XVI Asamblea General del Sínodo de los obispos. Primera sesión. *Informe de Síntesis*. Una Iglesia Sinodal en misión (28 de octubre de 2023).

XVI Asamblea General del Sínodo de los Obispos. Segunda sesión

Francisco. Carta Encíclica *Fratelli Tutti* (3 de octubre de 2020).

Francisco. Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*. (24 de noviembre de 2013).

Martimort, A. G. *La Iglesia en Oración*. Editorial Herder. 2011

Rafael Aguirre Monasterio, *La mesa compartida*. Colección Presencia Teológica 77. Editorial Sal Terrae. (1994).

Rechnitz, A. *Sobre los Sacramentos*. San Salvador, El Salvador: Talleres Gráficos UCA. (2012)